

27

TALLER
de
LETRAS

Revista del Instituto de Letras de la
Pontificia Universidad Católica de Chile

1999

MOMENTOS BORGEANOS

MIGUEL GOMES

Cuando a uno le preguntan si alguna vez ha sentido un “momento borgeano” lo primero que se le ocurre es repasar sensaciones laberínticas o de incertidumbre ante la realidad o no de ciertos hechos. Puestos a reflexionar, ni lo uno ni lo otro merecerían el adjetivo “borgeano;” al menos no deberían ser tales por antonomasia —lo “kafkiano,” por ejemplo, tiene aquí una seria reclamación territorial.

¿Momentos borgeanos? Lo que mejor define la obra de Borges, a mi ver, es su ruptura con hábitos románticos que la impetuosidad de las vanguardias puso nuevamente al día a principios del siglo XX. Borges predicó —muy a su manera— la desconfianza ante la originalidad y la creencia ingenua en toda espontaneidad creadora que prescindiera de la tradición. Mis momentos más borgeanos, por tanto, han sido aquellos en que me he dado cuenta de que algo que juzgaba asombrosamente novedoso resulta ser repetitivo, cuando no milenario. ¿Quién no ha tenido descubrimientos de ese tipo?

Lo que no todos hemos tenido, eso sí, es el talento de Borges para apropiarse de esa experiencia compartida por la mayoría de los seres humanos y hacerla “típicamente” suya.

JAVIER PINEDO

¿Qué es un momento borgeano? No sé, pero puedo sospecharlo. La verdad es que en el momento que se debe leer a Borges, que es en torno a los 20 años, yo preferí su opuesto, Julio Cortázar. Borges me parecía insolentemente constructivista, excesivamente intelectual, en ocasiones frío. En cambio, Cortázar tenía además de ideas, alma, cometía errores, viajaba, y además de escribir libros miraba el mundo, enamoraba mujeres, salía a la calle, creía en la política, y postulaba que prefería a los individuos, por sobre los sistemas.

Pero con los años, Borges creció y sigue haciéndolo. Incluso es posible que Cortázar haya bajado: muchos alumnos no entienden hoy el humor de Rayuela, ni los problemas del *avatar*. La literatura es más histórica de lo que se cree.

A Borges volví a releerlo, y su mundo se me impuso. ¿Qué de su mundo? La precisión del lenguaje, la demora en escribir. Pero sobre todo, la idea que el mundo es menos real de lo que yo creía. *El mundo ... y yo lamentablemente soy Borges.*

Un momento borgeano para mí, es el preciso momento en que casi todo desaparece y sólo quedan los libros, algunos libros, algunas frases de algunos libros. Es la sensación de que todo es además de muy frágil, pasajero, inasible. Es el momento en que todo lo sólido desaparece en el aire, y me quedo frente a las grandes verdades, a las grandes mentiras. Entonces el mundo cotidiano, desaparece. Entonces pienso en Borges sentado en medio del Sahara. "Sintiendo el desierto," como dijo, cuando pidió que lo llevaran y lo dejaran allí solo, durante un congreso internacional de literatura realizado en Tánger.

Es el momento planetario, de un planeta que se achica cada vez más, en que no quedan zonas oscuras, en que la vida humana sobre ese planeta se reduce a un destino, a grandes destinos, es el momento en que política y sicología se confunden, en que individuo y arte son la misma cosa, en que aislamiento y moralidad toman otros significados, en que arte es la vida y la vida es arte.

Para mí, por alguna razón que desconozco, un momento borgeano, y Borges particularmente son tres sensaciones:

1. El Aleph. Ese microscópico espacio por el que se puede —de repente— mirar el universo. "El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó."

Es el momento del "espacio mental," en que esté donde esté, puedo estar en otra parte. El momento de la suprema fuga, del más allá de las coordenadas espacio-temporales. ¿Experiencia sagrada, iluminación, éxtasis verdadero, epifanía, aleph?

Un conocido mío escribió una tesis doctoral de más de 300 páginas que se llamaba, "Borges: Algebra y fuego." Nunca la leí. Pero me gustó el título. Los metalenguajes, los lenguajes que hablan de sí mismos, y la destrucción de éstos.

Pero sobre todo Borges es la capacidad, o el intento, o la posibilidad, de poder describir las formas de una cultura, los códigos de una ciudad, los signos de una enciclopedia. Lo que me asombra día a día. Los muchos niveles, signos, lenguajes, señas, guiños, leyendas, miradas, rostros que existen en una ciudad humana. Y queremos que de eso haya más, y no menos.

2. No puedo olvidar que para Borges, los libros no imitan la realidad, sino que se agregan a la naturaleza. Como las plantas, los árboles, la arquitectura. El breve y preciso poema ("Una rosa amarilla"), que como un martillazo inolvidable, nos dice: Entonces ocurrió la revelación. Marino vio la rosa, como Adán pudo verla en el Paraíso, y sintió que ella estaba en su eternidad y no en sus palabras y que podemos mencionar o aludir pero no expresar y que los altos y soberbios volúmenes que formaban en un ángulo de la sala una penumbra de oro no eran (como su vanidad soñó) un espejo del mundo, sino una cosa más agregada al mundo.

3. Además, un momento borgeano, es una frase impactante que no cesa. Asegura Borges (esto es lenguaje de Borges) en "El libro de la arena," cuando se le pregunta a un colombiano, qué significa serlo, responde, "¿Ser colombiano? Un acto de fe." La respuesta menos imaginada a los problema de nuestra identidad continental. Pero, tal vez la más exacta. ¿Nos expresamos a través de hechos objetivos, cuantificables, o través de una suprema creencia que nos asegura que existimos y tenemos una identidad real?

En estas tres figuras: El Aleph, la literatura como un agregado a la realidad, la identidad latinoamericana como expresada por la voluntad de la creencia, veo a Borges. Y por descarte, no veo en esa línea, a otros autores.

Sí, tengo momentos borgeanos y muchas veces a la semana. Aun, tengo muchos momentos borgeanos varias veces al día, pero algunas personas no tuvieron sino uno y supremo. Como el soldado checo del cuento, a quien al momento de fusilar, las balas se detienen y él ve pasar toda su vida condensada antes de morir. ¿Es esto un momento borgeano?

ROBERTO CASTILLO SANDOVAL El examen doctoral

Es bien sabido que un particular estado febril se apodera de quienes toman un examen doctoral. Para agravar mi locura, ya agudizada por atrasos y desvelos, Borges se entrometió como miembro de mi comité de inquisiciones,

enviando por correo, desde Buenos Aires a Cambridge, una breve pregunta, escrita a la manera de un enigma.

Por amor propio, en vista de que mis compañeros de peripecia no dudaron en dar un paso adelante al desafío, no me quedó otra alternativa que responderla, aunque supe desde el principio que la había puesto nada más que para hacernos entrar en la trampa y demostrar una vez más —como si fuera necesario— que su experiencia como cazador haría que todos nuestros esfuerzos por encontrar su clave resultaran patéticos.

Mi estrategia fue diferente a la de otras ocasiones en que me había puesto a prueba: en lugar de esperar a que amainara la desazón que sentía frente a la página en blanco, alcé las velas más audaces y me dejé llevar por el primer vendaval que las llenó. Escribí y escribí hasta que se me acalabró la mano, hasta que mi propia letra se me hizo desconocida en su velocidad, hasta que de pronto el mísero reloj me indicó que me había excedido en el tiempo, cosa que él perdona solamente al moribundo.

Al cabo de unas semanas, que fueron una eternidad, los cuadernillos celestes del examen me llegaron de vuelta, amarrados con cáñamo, corregidos. Cada uno traía cinco o seis hojas de papel amarillo marcando páginas, con anotaciones a modo de comentario. Las fui sacando una por una, como pétalos, sin dejar de lado mi cigarrillo, y las ordené sobre una mesa como si fueran láminas de animales exóticos. Con la lectura de su letra menuda supe que no había pasado por alto la oportunidad de ostentar su maestría. ¿Por qué se mostraba así conmigo, mientras que con los demás hacía de la falsa modestia un genuino arte?

Cada nota, claro, estaba perfectamente redactada. Quiero recordar (jamás olvidaré una sola de ellas) la que decía: "Hay seres o cosas que tienen la terrible virtud de ser inolvidables y cuya imagen acaba por enloquecer a la gente. La virtud terrible de la locura, no lo olvide, es que ciega los pasajes entre su reino y el de la cordura, si bien concedo que acaso deje la puerta del zaguán entornada a la razón." La piedra angular de mi respuesta, la que yo ingenuamente había plantado confiando en que mis juegos lo eludirían o lo distraerían lo suficiente como para conceder un espacio, un pequeño solar en que ejercitar mi oficio de agorero, se convirtió en sus manos en un guijarrito manoseado: "No se engañe; este sueño no admite divisiones; y si hay puertas, se abren a otro sueño y otra puerta." Luego, apostillando la observación que yo creía más penetrante en todo mi ejercicio, venía el golpe de gracia: "Usted ha tenido la fortuna de que una de sus miradas coincidiera con un momento de luz; debe aceptar, siendo consecuente, que este privilegio, vedado a los otros, no es necesariamente la obra de sus méritos."

No faltó, claro, algún elogio, aunque si reproduzco el siguiente es para que el lector vea que no me faltaba razón para desconfiar de él: "Su observación es irreprochable, acaso ineludible." Algunas de las hojas intercaladas estaban en blanco, recordatorio sutil del oficio sin par que le permitía escribir hasta el rumor que confundimos con el silencio.

Con el miedo que siempre me ha causado ese silencio y con la simultánea rabia con que me revolví contra el que había creído mi abnegado maestro, abrí uno de los libros suyos que guardo, con su autógrafo, en mi pobre biblioteca. La página abierta al azar me trajo su voz lenta y socarrona: "En vano te revolverás contra él; no lo alcanzará, no, la más inficionada de tus saetas."

A pesar de la advertencia sincera del otro examinador (el cancerbero parisino de lejanos pasajes bonaerenses) no me queda más remedio que contar el cuento, a ver si de este modo improbable logro por fin que Borges me dé nota suficiente.

CARLOS CORTÍNEZ

Desde el año 1967 en Buenos Aires tuve, por fortuna, muchas oportunidades de estar en presencia de Borges. En su departamento de la calle Maipú, en congresos literarios en Estados Unidos, en conferencias públicas, en dos simposios que me permití organizar sobre su obra, etc. Especialmente recuerdo un viaje de trece días con Borges y María Kodama al final del simposio de Dickinson College en el que los conduje por automóvil hasta el College de Franklin & Marshall, y luego a tres de las Universidades de Pennsylvania.

En esos días las conversaciones en el auto eran, casi siempre, relativas a la literatura, pero además, casi diría que en cada momento surgían momentos borgeanos.

Quiero recordar sólo dos de las muchas anécdotas memorables de aquellos días. En medio de una discusión que teníamos sobre Neruda mientras yo conducía, le pedí a María que ella leyera un texto de Residencia. Después de escucharlo, Borges insistió en que "Juntos nosotros" era un poema erótico sin mérito literario. Yo me permití aclararle que la lectura hecha por María no correspondía al modo habitual de recitar a Neruda. "¿Y cómo recitaba sus propios poemas?" me preguntó Borges. Entonces le recité, reproduciendo la voz del poeta chileno, profunda y gangosa, uno de sus poemas que yo recordaba de memoria.

Como antes de conocer a Neruda tuve que escuchar por años aquellos discos de Cruz del Sur, tenía los poemas grabados en mi memoria, le recité la primera estrofa del poema 3 de los Veinte poemas de amor, mientras manejaba sin prisas:

Ah vastedad de pinos, rumor de olas quebrándose,
lento juego de luces, campana solitaria,
crepúsculo cayendo en tus ojos, muñeca,
caracola terrestre, en ti la tierra canta.

Recuerdo que Borges, sin insistir en el modo de imitar a Neruda, solamente me dijo: "Ah, que lástima lo de 'muñeca'."

Dejamos por entonces la discusión nerudiana, pero en aquel poema que yo amaba desde niño, sin duda que Borges, con su oído clarividente, me dejó, para siempre, el recuerdo de esa única palabrita disonante.

Al día siguiente Borges me pidió que nos apartáramos de la ruta para ir a visitar el campo de la batalla de Gettysburg. Ya sabía que nos esperaban en la Universidad de Filadelfia y decidimos ir aunque fuese demorándonos algo en nuestro viaje. La conversación, esta vez, se concentró en la célebre batalla de la guerra civil.

En un momento le pregunté a Borges si sabía cuánta gente había muerto en el campo de batalla de Gettysburg. "Ah, ¿y cuánta hubo?," me preguntó con esa forma de gran curiosidad intelectual que sus interlocutores recordarán.

Pues bien, entonces tuve la oportunidad de desquitarme de su famosa "muñeca" nerudiana que me había sutilmente castigado el día antes. Y le contesté, simplemente, "una."

A diferencia de la referencia mía a la "muñeca" que le acepté sin admitírsela, él se rió ahora con muchas ganas y se acercó hacia mí y me acarició la pierna que mantenía el acelerador, de una manera fraterna.

No sé si cualquier otro lector suyo recordará que mi broma se refiere a un poema suyo, sobre el cual naturalmente no hablamos. Se trataba del texto de uno de sus poemas que tiene su habitual técnica enumerativa y que también se sitúa frente a otro poema contradictorio. Hablo de los poemas "Tú" y el "Poema de la cantidad." Este último está escrito en San Pablo, en 1970. El anterior, en Norman, Oklahoma. Ellos enfocan "Tú" en la unidad y el "Poema de la cantidad" en la pluralidad.

Quiero recordarle al lector los versos iniciales de "Tú":

Un solo hombre ha nacido, un solo hombre ha muerto
en la tierra.

Afirmar lo contrario es mera estadística, es una adición
imposible.

No menos imposible que sumar el olor de la lluvia
y el sueño que antenoche soñaste.

Más adelante:

Un solo hombre ha muerto en Ilión, en el Maturó,
en Hastings, en Austerlitz, en Trafalgar, en Get-
tysburg.

Y en el último verso:

Hablo del único, del uno, del que siempre está solo.

JAIME GIORDANO

Hace quince o dieciséis años, en un Simposio sobre la poesía de Borges en Dickinson College, se realizó una nutrida lectura de poemas en homenaje al poeta que estaba allí presente y escuchando con mucha curiosidad. Yo pasé adelante a leer uno de los poemas escogidos para este acto, pero antes leí el siguiente cablegrama que anuncié como recientemente llegado de Buenos Aires firmado por el propio Borges: "Cuidado stop urgente stop prevéngoles stop el que está allá no soy yo stop es el Otro." Está de más decir que el que más se rió de este momento borgiano fue el propio Borges.

ROSA MONTERO

Más que haber sentido algún momento borgeano, "vivo" instalada en un mundo borgeano. Quiero decir que, desde que leí a Borges, a los dieciocho años, se me hizo difícil no sentir la constante certeza de que la realidad es como él la describe: discontinua, múltiple, solapada, absurda, inquietante y a menudo ridícula y desternillante.

PABLO CATALÁN
Una vuelta en torno a Borges

El verdadero laberinto es que ya no hay laberinto: escribir, es perder el laberinto

Pierre Macherey.¹

Te darás cuenta de que tu proyecto es irrealizable. No se puede dar una simple vuelta en torno a tal escritor. Es imposible por razones literarias, críticas y filosóficas. Además, es también una cuestión de honor. Si me dices que Borges te inspira respeto y, más aún, cierto temor, cómo te vas a lanzar en tamaña empresa. Cometes un pecado académico que nunca nadie te perdonará. El mismo Borges te perseguirá, ciego y muerto, más ciego que muerto, te perseguirá para cumplir con la venganza. Y tú, miserable, no sabrás salir del laberinto y en una de esas, ¡zas! el bastonazo acabará contigo y se cumplirá de ese modo lo que tenía que cumplirse, tu muerte, nada menos que eso, tu muerte en el laberinto. Porque lo imprevisto estaba previsto.

Eres cabeza dura. Me dices que no, que no es posible porque no te conoció, que porque no te conoció no pudo y no puede imaginarte, que por esto y por lo otro escapabas a su terrible ficción, que no puede relatar el ficticio relato de tu muerte. ¡Vaya inocente! No sabes lo que es la ficción. Que está muerto, me dices. Patrañas, amigo, mentiras. Un hombre como él no muere nunca, nunca. ¿Te das cuenta de lo pasaría si la ficción muriera?

¡Y te atreves! Discutir, echarme encima argumentos de sabios y profesores. Que Borges “estaba preocupado esencialmente por los problemas del relato, que nos da una teoría ficticia del relato,” qué me vienes a contar, ¡inocente! No escaparás, tú, como cualquier otro, estás en el campo de su ficción y te agarrará y en su relato ficticio morirás como lo mereces.

¿Que por dónde comenzará el relato de tu muerte? ¡Vaya preocupaciones! Pero si quieres una respuesta, yo creo que comenzará por el final o casi: “...se levantó, era de mediana estatura pero parecía alto. Abrió el cajón del escritorio; me dio por un momento la espalda. Yo había preparado el revólver. Disparé con sumo cuidado: se desplomó sin una queja, inmediatamente. Creo que su muerte no fue instantánea: tuvo tiempo para pensar y darse cuenta de que todo era una pura ficción.”

¹ Todas las citas son del texto de Pierre Macherey, “Borges y el relato ficticio”, aparecido en *Para una teoría de la producción literaria*, París, François Maspero, 1971.

Estás satisfecho, te das cuenta de que eres tú también una criatura de Borges. Ya te lo decía, no critiques lo que ignoras. ¡Ah! ¡claro!, me traes otra vez a colación tu texto de referencia, ese de Pierre Ménard, no, no, confundo, ¿cómo se llama? Pierre Macherey, eso es. Bueno te escucho:

Así la función del discurso, o del relato, es muy clara, él nos trae la *verdad*. Pero para lograrlo tiene que hacer un larguísimo rodeo pagado a alto costo. El discurso, con sus rodeos, da un contorno a lo verdadero a condición de ponerse él mismo en tela de juicio, a condición de aparecer precisamente él mismo como puro artificio: no avanza *necesariamente* hacia un fin sino constituyendo su propia inutilidad (puesto que todo estaba *dado de antemano*); improvisa sus episodios, con total libertad para mejor engañar al que lo escucha (ya que todo será dado al final). El discurso se enrolla alrededor de su objeto, lo envuelve y lo soslaya, de modo que puede combinar, en su simple progreso, dos relatos: el anverso y el reverso. Lo previsto es imprevisto porque lo imprevisto está previsto. Se ve cuál es el punto de vista privilegiado que Borges escoge: el que hace estallar la disimetría entre un tema (una intriga) y la escritura que nos da acceso a él. A medida que la “historia” se llena de sentido, el relato diverge, señala todas las otras formas posibles de contarlo, como también todos los otros sentidos que podría tener.

¿Y qué me quieres probar con tu larga cita? El escritor tiene derecho a utilizar todos los medios para crear su obra. Claro, no me quieres probar nada, solamente darme a entender que por grande que sea un escritor, siempre es posible encontrarle su punto débil. Sí, de acuerdo, el trabajo crítico es indispensable y nos da un mejor conocimiento de un autor, destapa la caja de los subterfugios y otros ardides que el lector común no ve. Aquí, si te entiendo bien, nos encontramos con tipos de relato: con el relato que es ficción de relato y con el relato real. Y citas otra vez: “El relato real se determina entonces por *la ausencia* de todos los relatos posibles entre los cuales se habría podido elegir.” Bueno, acepto, aunque no comparto tus palabras y las de tu mentor. Pero, dime una cosa. ¿Te gusta Borges? ¿Tanto como a mí? No seas mentiroso, yo soy un incondicional, no como tú un lector lleno de dudas malintencionadas.

Te equivocas. Admiro su inteligencia y su bella escritura. Su obra es una provocación relatada o el relato de una provocación sobre el relato. Pienso. Espera, escucho un disparo. De seguro le tiraron por la espalda. A Albert. Este “había descifrado un secreto fundamental...Sabe que este libro es un laberinto absoluto: entrar en él, significa perderse ; sabe también que este laberinto un libro: donde cualquier cosa puede leerse, puesto que así está escrito (o más bien *no está escrito*, puesto que, como se verá, tal escritura es imposible).” Ves que te equivocas. Me has tomado en serio y yo estaba solamente jugando a escribir una vuelta alrededor de Borges. El relato es lo real, la verdad; el autor, los subterfugios que a veces nos conducen a ella.

VERÓNICA CORTÍNEZ

En mayo de 1983 presencié una reunión de trabajo en la que Borges y Carlos Cortínez, mi padre, debían corregir la transcripción de una charla que Borges acababa de dar en Dickinson College. A ninguno de los dos le pareció mal que yo grabara la sesión, inmortalizándola.

A medida que mi padre leía el texto, Borges, pensando en voz alta, iba borrando ciertas palabras. Aunque se trataba precisamente de eliminar los signos de oralidad propios de una charla espontánea, Borges de pronto nos preguntó, acaso algo culpable:

—“¿No estamos haciendo trampa, no?”

—“Nadie lo va a delatar, Borges, no se preocupe.”

Poco a poco fueron eliminando todos los “I suppose”, “I shoul say” y “well” que se repetían con frecuencia. Cuando en una misma frase aparecieron dos “I suppose” seguidos, Borges exclamó, entre avergonzado y molesto: “¡Qué lástima que exista ese verbo!”

Luego de una pausa, Borges continuó: “En la primera página de cada libro habría que poner una lista: ‘en mi opinión, quizás, según creo, tal vez, es posible, si no me equivoco, probablemente, acaso, puede conjeturarse’, para que el lector luego fuera desparramando eso por todo el libro. Entonces el libro puede afirmar cosas de modo dogmático pues el lector ya sabe que tiene que agregarle el resto. Claro que nadie va a seguir ese consejo porque quién va a leer un libro así.”

EFRAÍN KRISTAL Borges en el Collège de France

En 1983, cuando yo era estudiante de filosofía en París, Borges vino al colegio de Francia para dictar una conferencia. En el auditorio lo esperaban grandes figuras del pensamiento y la literatura francesa. En primera fila estaban Raymond Aaron, Michel Foucault, y Henri Michaux (a quien Borges había traducido décadas atrás). Alguien acompañó a Borges a un asiento delante de una mesa con un micrófono mientras que el auditorio aplaudía profusamente. Cuando por fin paró la ovación era evidente que Borges estaba conmovido. Lloraba y jadeaba cuando trataba de empezar su discurso. Después de unos cinco largos e incómodos minutos Borges se repuso e inició su charla con un francés impecable que transcribo de mis recuerdos:

—El idioma alemán—. Repitió —El idioma alemán. Qué idioma más bello.

Se podía sentir un cambio en el auditorio de la piedad a la incomodidad.

—El idioma alemán —continuó Borges— es un idioma con vocales largas y cortas. Como pocos idiomas el alemán tiene la posibilidad de crear palabras y la flexibilidad de moverlas en una misma oración para producir diversos efectos con los mismos sentidos. Es un gran instrumento literario.

Era palpable la incredulidad de muchos en el auditorio e incluso la molestia expresada con algún leve gruñido.

—Y sin embargo teniendo los alemanes un instrumento verbal tan espléndido, su literatura es muy pobre.

Estalló en el auditorio una sensación de alivio y hasta algunas fuertes risas aprobatorias.

—Y con el francés —dijo Borges después de una meditada pausa que regresó el silencio absoluto del recinto.

—Y con el francés, sucede todo lo contrario. Es un idioma tan monótono, con tan pocas posibilidades de variación. Y sin embargo ha producido una de las mayores literaturas del mundo.

Era evidente que Borges se había ganado la simpatía de todos con una lección de exquisita ironía que los franceses saben apreciar mejor que nadie. Nadie esperaba que el ilustre público de esa tarde terminara por aceptar del

viejo y conmovido Borges el mismo sentimiento de benevolencia con el que ellos habían venido a honrar al ciego escritor argentino.

PEDRO LASTRA

En una página muy citada, Borges dice que cada escritor crea a sus precursores. Asimismo, Borges crea los momentos borgeanos que viven sus lectores. Tratar de explicar o describir esa magia, tan repetida como sorprendente, es un propósito que me excede: como lector de Borges puedo reconocer que mis momentos borgeanos son muchos, porque no hay escritor de nuestra lengua que frecuente más que él.

JULIO ORTEGA El manuscrito de El Aleph

En la primera clase de Lenguaje, en la Facultad de Letras de la Universidad Católica, en Lima, Luis Jaime Cisneros leyó una página de "El Aleph" de Borges, la de la enumeración simultánea, y yo creí que descubría un nuevo idioma, el de la verdadera literatura. Era mi primer año, supongo que mi primer día, en la Universidad, y yo ya creía saber que la literatura era mi vocación, pero esa página de Borges fue una revelación. También una predestinación. Uno, en verdad, ha hecho las primeras letras en la Universidad Borges, cuya obra remite a una biblioteca que a su vez cifra el Universo. Pero, como en la lección perdurable de ese cuento fundador, el lenguaje no duplica al mundo, lo revela como excepcional. Después he escrito sobre "El Aleph" y lo he propuesto a mis estudiantes como una poética narrativa, donde la literatura misma se contempla entre opciones definitivas. Pero cuando leí que el manuscrito de "El Aleph" había sido adquirido por la Biblioteca Nacional de Madrid, fui a verlo. No me hacía la ilusión de descender al sótano de la casa de la calle Garay para ver la pequeña esfera tornasolada de intolerable fulgor, donde todo el universo cabe como un milagro. Pero cuando por fin tuve en mis manos el frágil cuadernillo del cuento, era fácil creer que la literatura estaba allí.

Se trata de uno de esos cuadernos escolares que en el Perú llamamos "Minerva" porque llevan en la tapa el busto de la diosa. He dedicado mucho tiempo a descifrar esas páginas, esa escritura minuciosa y maniática, que

parece a veces copiada de otra parte, dada su limpieza; pero que muchas veces se impone como el original, dado el trabajo de la escritura, las enmendaduras, variantes y revisiones. Pronto se me ocurrió que era un verdadero taller de la escritura borgeana, su lección secreta: incluye incluso su propio diccionario, ya que en varias partes Borges abre un largo corchete y escribe posibles palabras o frases alternas, que luego tacha para dejar una. Dos noticias son más pertinentes. No se llamaba, al comienzo, "El Aleph" porque el objeto visionario era un "mihrab" (la hornacina musulmana que es un espacio sagrado orientado hacia la Meca); pero pronto Borges optó por tachar ese nombre y reemplazarlo con el de aleph, la primera letra del alfabeto hebreo, que remite a la divinidad. Aunque Scholem nos advierte que el aleph en sí mismo no significa nada, esto es, adquiere el significado que le demos. Interessantemente, Borges pudo haber tenido más presente que la Cábala, las matemáticas de su juventud, los números "transfinitos," que le fascinaban. Con Elena Del Río Parra he preparado una edición crítica de ese texto; hemos recuperado todas las variantes y reconstruido la historia del relato.

Ese día de 1961 en que me pareció que Luis Jaime Cisneros leía para mí esa página de "El Aleph," me reveló, en verdad, el milagro de la lectura. Esa sucesión de lectores, ese instante epifánico.

CIRCE I. RODRÍGUEZ E.

Como una mariposa al galope empecé a correr tras una luciérnaga. La oscuridad era profunda, tan profunda como un agujero negro. De pronto, una luz luminosa, tan luminosa como el mundo, me hizo detener la marcha y dirigir la mirada hacia lo alto. ¿La casa de los senderos que se bifurcan, los espejos, los laberintos?

No. Simplemente una estrella, sola y triste como una plegaria.

EL INMORTAL, pensé, mirando la luz que casi me cegaba, la idea estaba allí: algo de la Sabiduría del universo se esfuma con la muerte. . .

FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS Ante(s) (de) la muerte

Quisiera tomarme todo el tiempo para tomarme todos los vinos del Itata y de Itaca.

Quisiera irme vida arriba y vida abajo, boca arriba y boca abajo, siempre bien entrado el atardecer y el amanecer.

Quisiera ir a las vegas, después de las lluvias, a sacar estrellas antes que lleguen los otros a sacar camarones y hacer un caldillo humeante con las estrellas mías y los camarones de los otros.

Quisiera encontrar el camarón de oro, que sale en Agosto, para San Lorenzo, y prenderlo en el prendedor de un amor que no sé si espero porque ya no sé si se da el amor ese así como yo lo espero.

Quisiera no dudar en cuanto a vivir lo que se siente y sentir lo que se vive.

Quisiera un vivir tal que no me apeteciera vivir nunca jamás más.

Quisiera darme tiempo para ser y compartirlo con los pájaros y luciérnagas y para devolverle al quirquincho su caparazón que anda penando en los charangos de los conjuntos de música andina.

Quisiera tener el poder para sacar al malambo de los escenarios y devolverlo a sus pagos, devolverle el gauchaje a sus pagos y sus pagos al gauchaje y a otros pelajes.

ENRICO MARIO SANTÍ

Itaca, Nueva York, Universidad de Cornell, abril de 1986. La Sociedad de Humanidades de la universidad invita a Borges a participar, siquiera nominalmente, en un simposio homenaje a Vladimir Nabokov, antiguo profesor del plantel. Borges acepta venir tres días, no por cierto para hablar sobre su contemporáneo ruso, a quien él alega nunca haber leído, sino porque, según me consta, “quería ver (sic) su famosa colección de literatura islándica,” la más grande fuera de Reyjavik. El director de la Sociedad me pide que lo acompañe a él y su acompañante, la indispensable María Kodama.

La visita de Borges a Cornell coincide, esa misma semana, con otra del filósofo parisino Jacques Derrida, profesor visitante habitual a la sazón. Derrida había venido esta vez no, por cierto (o tampoco), para hablar ni de Nabokov ni de Borges sino sobre su tema: la desconstrucción. Pero cuando se entera que ha coincidido en Itaca nada menos que con su admirado Borges, le ruega a mis colegas de literatura francesa que organicen un encuentro. Ellos me transmiten el ruego a mí para que yo ruego a María Kodama y ella, a su vez, se lo pueda rogar a Borges. Pero el problema no era complacer el ruego sino cómo hacerlo: no había manera de dar pie en bola. Cuando Derrida daba conferencias, Borges daba la suya, ante una auditorio de más de mil personas (gente en pirámide, uno sobre otro), Derrida, filósofo *on the go*, ya se había ido a dar otra cerca, por ejemplo en Chicago; cuando Derrida regresaba a Itaca, al día siguiente, Borges y María ya estaban “viendo” la biblioteca, y después acuden a una recepción en su honor —donde me tocó llevarlo al baño— cuando Derrida dictaba un seminario. ¿No pudieron las discretas cenas de esa noche hacer que esos dos compartieran el pan, el vasito de leche?

Para el sábado en la mañana, mis colegas y yo nos habíamos dado por vencidos. Por alguna razón, los dioses, que es como los hombres llaman al destino, no habían deparado ese encuentro. Empero, los tres —Borges, María y yo— luego de un apurado desayuno, compartíamos el único, apretado banco del mínimo aeropuerto en la espera del avioncito que llevara a la pareja a Nueva York. De pronto, a través del cristal de la entrada, me pareció vislumbrar el polvoso Peugeot de mi colega galo. Raudos, cual cuadrilla matrera, descenden tres colegas más. Detrás, en efecto, viene el Filósofo. Los dioses, no el destino, a veces se equivocan. Otro vuelo no había esa tarde desde la solitaria Itaca. Los cuatro (contando el piloto) iban a compartir el aparato.

A índices incrédulos siguieron sonrisas felices, apretones, cuchicheos. Derrida, niño contento, casi saltarín, me codea para que lo presente. Maestro Borges, declamo, e inmediato su cayado lo eleva. Tengo el honor de presentarle a una persona muy especial. Se trata del profesor francés Jacques Derrida, uno de los más importantes filósofos de nuestro tiempo. El profesor Derrida es actualmente *Andrew D. White Professor at Large* aquí en Cornell, y esta semana ha estado también de visita, aunque normalmente desempeña su cátedra en el *Ecole Normal Supérieure* de París. Ha sido, entre otras cosas, traductor del fenomenólogo Edmund Husserl, autor de una veintena de influyentes libros —entre ellos **Voz y fenómeno, La escritura y la diferencia, De la gramatología, la diseminación**. Acaba de fundar el Colegio Internacional de Filosofía. Se le considera el Padre de la Deconstrucción que, a su vez, ha influido en la teoría literaria en Europa y Estados Unidos. Junto a Michel Foucault, Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss y Jacques Lacan, constituye

la constelación de pensamiento más brillante de nuestro tiempo. Y el profesor me ha pedido que lo presente.

Derrida, discreto, deja de respirar. Borges, sordo momentáneo, amén de ciego abstraído, se inclina, oreja en mano: ¿Quién?, grita.

Entusiasta, amable, haciéndose el otro sordo, el Filósofo no se hace esperar. Agarra la mano, y no la suelta. *Cher Maître, c'est un véritable plaisir de vous faire la connaissance*, etc. Borges vuelve, perfecto francés, a pedirle el apellido, origen, etimología, le ofrece teorías sobre los judíos del Maghreb, el alfabeto hebreo, la pobreza idiomática del francés. El Filósofo, atento, asiente, pero mis colegas, adictos a seminarios, le espetan en inglés: Borges, ¿todos los *Argentiniens* hablan tan buen inglés como Ud.? No, responde seco. Y por cierto: ¿Sabía Ud. que es incorrecto decir *argentinian*? La expresión correcta es *Argentine*. Si Ud. consulta la edición del OED, volumen A-O, barbarismo, hoy en desuso, compuesto por analogía con *bolivian*.

Silente en medio del silencio, el avioncito se desliza por la pista. De una voz, comprobamos todos la increíble coincidencia. Ya otra reclama a los pasajeros. Tristán, me despido. Adiós, che, gracias por todo. Pero Derrida, modelo de cortesía, ofrece el brazo, más bien, lo agarra, el de Borges, digo. Y echan a andar.

Ahora que recuerdo aquel momento, al pie de esta nevada cordillera, juntos aquel judío argelino, y un ciego, enigmático argentino, en medio de una Itaca real, encuentro que aquel día tal vez fui yo el dichoso de la única visión que ahora les cuento: Poeta y Filósofo de brazos y hacia el cielo. Entre ellos y yo: una Dama Kodama. Al fondo: (ahora lo veo) un Sol Poniente.

Santiago de Chile, 28 de junio de 1999.

III INTER / CAMBIOS